

**DISCURSO DE INCORPORACIÓN
A LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA
(Santiago, 11 de junio de 2007)**

Marcela Oyanedel

Pontificia Universidad Católica de Chile
moyanedf@uc.cl

Señor Alfredo Matus, Director de la Academia Chilena de la Lengua;
señores académicos; señoras y señores; familiares, amigos:

Gracias por invitarme a trabajar con ustedes. Me alegra, me estimula y me compromete. Gracias a usted, don José Luis Samaniego, por sus generosas palabras de recepción.

El primer momento de preocupación al saber que tenía que hablar aquí, hoy, que tenía, por lo tanto, que elegir un tema, fue disipándose naturalmente, por lo menos en lo que a lo segundo se refiere. Si me pregunto “¿qué te interesa, qué te incita a avanzar en el intento constante de acercamiento al lenguaje humano, en qué quieres trabajar los años que, si Dios te regala, te quedan?”, la respuesta llega sola: *en el fenómeno de la oralidad, de la lengua hablada. Me convoca, me atrae, me perturba*. Al referirme hoy a él, corro el riesgo de decir obviedades, por su cercanía, lo que impide visualizarlo con nitidez; sabemos que lo más difícil es adentrarnos analíticamente en aquello en lo que estamos inmersos, en aquello que vivimos y, sobre todo, que usamos cada día. Sin embargo, asumo el desafío, sintiendo que se trata de un llamado de la mente y del corazón.

Como en tantos casos, mis primeros acercamientos al lenguaje hablado fueron intuiciones. Escucho a mi director de tesis, París, finales de los setenta. “*Escoge un tema con el corazón, no con la cabeza, estarás varios años con él, te acompañará siempre, pelearás con él, no podrás deshacerte de él*”. La elección, entonces, vino sola: lo más cercano a la lengua espontánea, dadas mis propias circunstancias: las cartas familiares, como decía anteriormente don José Luis. Cartas de padres, de hermanos, de amigos cercanos, todos distantes en espacio

y en tiempo, todos intentando traspasar, a través de un medio escrito, esa distancia. A falta de *chats*, o de *blogs*, y frente al enorme costo de una llamada telefónica, esas cartas constituían oralidad en lo escrito.

La intuición estaba; la formación, aún no. Los análisis sintáctico, léxico y textual fueron con los medios y, sobre todo, con la mirada del momento. Recuerdo la tesis con cariño, pero siento que en el cuarto de siglo transcurrido en los estudios del lenguaje y en mi vida de lingüista, hoy día la tesis sería otra, pero conservaría, claro, la motivación inicial. El compartir con otros, la docencia posterior, el conocimiento de propuestas diversas de análisis e interpretación han contribuido a formar una nueva mirada. En el tiempo transcurrido, el estudio de la oralidad ha avanzado enormemente. Además, hoy puedo abordar la lengua hablada –nuestra lengua hablada– de manera directa, sin intermediarios ni obstáculos de temporales o espaciales. Así, la oralidad ha ido ganando terreno para ocupar un espacio cada vez más central en mi trabajo como lingüista.

Constitutiva del ser humano, como la risa o el llanto –más que el pulgar opuesto o el andar erguido– en la complejidad del fenómeno oral alcanzamos a vislumbrar ejes que se entrecruzan, constituidos por tensiones entre rasgos opuestos:

- La oralidad es **primera** y, generalmente, **última** manifestación de lenguaje de cada hombre. Nos acompaña cuando comenzamos a explorar el mundo y cuando ya vamos despidiéndonos de él, en las conversaciones con nuestra familia y amigos, en los balances y reflexiones que hacia nuestra madurez realizamos oralmente.
- Es **lenguaje universal** por excelencia, no se materializa por códigos convencionales y variados, como ocurre con lo escrito. Todos hablan, los que hablan solamente, y los que hablan y escriben. Aún persisten esferas de la cultura humana que operan solo oralmente, sobre todo en algunos pueblos, o en algunos sectores de nuestros países o, quizás, de nuestra propia vida. Es universal, sí; pero también es **la palabra de los susurros más íntimos**, del secreto compartido, de la complicidad.
- Continúan sus oposiciones: Dentro de las formas de lenguaje, es la oralidad la **forma más lejana en el tiempo**. Ella constituyó, por muchos años, el único sistema de expresión, de transmisión de conocimientos y tradiciones, de hombres y mujeres. Pero, igualmente, ella es la **más cercana**, la más a flor de piel: resulta de una **dialogicidad en presencia**, que compromete a toda la persona. De hecho, es un principio evidente, e importante, que la oralidad involucra múltiples factores. Además de lo segmental (los sonidos que distinguen significados), ella implica elementos

suprasegmentales (tonos, timbres, ritmos, pausas), decisivos para la interpretación del mensaje. (Todos hemos vivido la experiencia de que algo que alguien nos dice nos molesta, no por lo que dice sino por cómo lo dice.) Asimismo, lo oral no se reduce a la acción de la voz, sino que supone la acción de todo el cuerpo, y de allí su conjunción con otros sistemas simbólicos, como los gestos. Estos pueden reforzar, atenuar, contradecir lo simultáneamente dicho de manera oral, o incluso sustituirlo.

- Más contrastes: El imaginario transmitido oralmente “*Verba volant*”, “*Palabras que se las lleva el viento*”, evoca **lo transitorio, lo efímero, lo liviano, lo casi insustancial** de lo oral. Y, sin embargo, también en el imaginario, “*Por la boca muere el pez*”, “*No hay más loca que la boca*”... Entonces, las palabras dichas no vuelan. **Pero sí, vuelan; y también permanecen.** Todos recordamos la broma ingeniosa, la ofensa hiriente. Nos acompaña, asimismo, **en la vida**, la palabra reconfortante llegada –junto a un gesto, a una mirada, a un tono o a un abrazo– en el momento preciso. La palabra hablada, pues, nos marca en lo afectivo, porque nos mueve, nos acerca... nos distancia. Aprendemos a querer con ella, a reconciliarnos, a mantener y cuidar los lazos. La palabra también permanece, porque con ella, igualmente, nos comprometemos y construimos confianza; porque nos obliga y nos deja en evidencia cuando hacemos como si la olvidáramos. No por nada fue la palabra hablada la primera forma de contrato en sociedad.
- Todavía más: Nos reconocemos en los actos orales; ellos nos provocan, sobre todo en ciertas situaciones, **una fuerte sensación de identidad.** ¿Quién, en lugares lejanos, en momentos impensados (en el desierto de Sahara, en el metro atiborrado en París), no ha sentido de pronto, como ráfaga, un “*¡Ya, weón, voy altiro!*” que lo estremece y, al hacerlo, lo reubica en su centro? Sí, y convocando identidad personal y grupal, la oralidad es, al mismo tiempo, manifestación más pura de la **alteridad intrínseca al lenguaje humano: hablar para otro; más, hablar con otro; así, punto de partida y de llegada de la vida social.** No es, entonces, extraño que su primera imagen sea la vida diaria; de hecho, la mayoría de las actividades cotidianas son orales; tanto, que las relaciones se interrumpen cuando se deja de hablar a alguien.
- En este juego de contrapuntos llegamos así casi al absurdo. La complejidad y la dualidad de lo oral se plasman en lo **no oral, el silencio.** Frente a lo no escrito, que simplemente no es, el silencio **habla.** Y he aquí otro contrapunto inherente al habla: sonido y silencio actúan en ella y son significativos en su alternancia.

- A estas propiedades orales opuestas podemos agregar un rasgo propio, debido a la naturaleza del proceso de formulación del texto hablado. En palabras de Ingedore Koch, el texto oral “está siempre haciéndose. Las actividades de planeamiento y de verbalización ocurren simultáneamente, porque el texto hablado emerge del propio momento de la interacción”.

En el proceso de escritura, estos momentos –planificación y ejecución verbal– pueden en muchos casos disociarse, lo que permite al que escribe tomar distancia de su texto, disponer de tiempo para pensar y regular su actividad: elegir los términos más apropiados, planificar lo que va a escribir después, volver atrás, releer, corregir, tachar; es decir, controlar su propio discurso. Nada de ello es posible en la oralidad, cuya inmediatez en proceso nos expone. Justamente por esto, ella será un productivo espacio para explorar procesos emocionales y mentales, incluso inconscientes.

Ahora, ¿cómo hemos enfrentado la oralidad en los estudios del lenguaje?

Tal vez en todo objeto científico haya una zona más difusa que las otras, una zona que se resista a principios de ordenamiento, una zona que en una primera mirada dé la impresión de desarticulada, de contradictoria y de desordenada, de inasible. Lo **oral** se encuentra claramente allí.

En ciencia, en una tradición de estudios que persiguen ordenar, clasificar, **la oralidad ha complicado**, precisamente por ese aparente caos. Ha sido mirada con cierta displicencia, o con recelo. “Está plagada de anomalías, de irregularidades, de rupturas, de vacilaciones, de vacíos”, han sido apreciaciones frecuentes entre los estudiosos del lenguaje. Desprestigio... O reducción a obviedades... O confinamiento a ciertos estudios muy delimitados; de hecho, el interés por las manifestaciones orales se circunscribió por largos años a los ámbitos dialectológico, o retórico, o fonético...

La escritura ha sido el sistema de expresión con mayor prestigio. Ong recuerda que se considera prehistoria todo aquello que sucede antes de la aparición de lo escrito. Por su parte, Helena Calsamiglia también nos recuerda que muchos, al proponernos el estudio de la oralidad, hemos llevado con nosotros el prejuicio que implica el proceder de culturas escritas. Nuevamente emerge esa paradoja que parece acompañar a la oralidad. Por años hemos sostenido que el lenguaje humano es prioritariamente oral y nuestros estudios han estado en su mayoría centrados en la lengua escrita.

Y sin embargo,

Los ojos de la ciencia han comenzado a desviar y a ampliar su mirada. Los paradigmas positivistas se desprestigian y **lo difuso comienza a valorarse**. En la ciencia del lenguaje, o cerca de ella, emergen disciplinas –la pragmática, las teorías de actos de habla, la proxémica, el análisis del discurso– que encuentran en las **manifestaciones orales una fuente privilegiada de reflexión y de descubrimiento acerca del funcionamiento del lenguaje mismo**.

Asimismo, la ciencia tiende a la **interdisciplina**, e intenta responder a demandas concretas de la sociedad, la que le ofrece nuevos focos conjuntos de atención. Temas como la interacción en el aula, en la relación médico-paciente, en los juicios orales, la emergencia de ciertos géneros discursivos híbridos como el chat, o el blog –todos sustentados en el componente oral del lenguaje– reclaman la atención y respuestas del investigador. Son, después de todo, fenómenos sociales cuya riqueza y profundidad no podrían abordarse sin la mirada y la palabra de las ciencias del lenguaje.

Esta constitución tardía del fenómeno oral como objeto de interés científico está generando, sin duda, **algunos cambios** en el estudio lingüístico.

Al abarcar el fenómeno de la oralidad, las mismas disciplinas tradicionales van ampliando su visión: **los antiguos fenómenos son repensados**; sí, modalizamos, pero de otra manera; sí, construimos enunciadores discursivos, pero de otra manera... En el campo de la gramática –lo más mío–, comenzamos a reconocer que los esquemas tan claramente aplicables para el análisis de la lengua escrita (porque fueron pensados tomándola como fuente de reflexión) ya no sirven todos para describir e interpretar la lengua hablada. Asimismo, emergen como focos de atención nuevas estructuras sintácticas –correlaciones, dislocaciones, simetrías, quiasmos– y fenómenos que a primera vista aparecen como apuros en la producción (repeticiones, falsos inicios, búsquedas léxicas), fenómenos conceptualizados hoy como reveladores de funcionamientos esenciales de lo oral.

Comienzan, por la década del 70, los primeros trabajos sistemáticos sobre oralidad, intentando abarcarla en toda su complejidad. Una de las preocupaciones iniciales fue tematizar problemas tan fundamentales como el de la recolección y transcripción de las muestras y, con ello, el “establecimiento del texto” –antiguo oficio del filólogo–, arduo proceso constructivo que compromete “el texto” con su legibilidad e interpretación. Ha sido de gran ayuda tanto el contar ahora con medios tecnológicos que nos permiten captar, reproducir, intervenir técnicamente el habla en toda su complejidad, como también con sistemas afinados de transcripción. Estamos conscientes, sin embargo, de que ninguna

transcripción –por su necesaria selectividad y pérdida de información– puede dar cuenta en forma acabada de eventos paralingüísticos, como la calidad de la voz o el tipo de risa.

Ahora contamos, sobre todo, con constructos teóricos para dar cuenta de la oralidad. La aprehensión de fenómenos nuevos que se despliegan en su estudio y la confirmación de una nueva valoración de ella han ido exigiendo crear nuevos útiles de descripción (turnos de habla, intercambios, secuencias interaccionales, afiliaciones, roles discursivos) y métodos propios para abordarla. Van así conformándose y consolidándose grupos de pensamiento que enfatizan distintos aspectos del fenómeno oral y del dinamismo inherente a la interacción. Entre ellos destacan la escuela etnometodológica, el llamado análisis conversacional, la escuela de Ginebra, la de Birmingham, la de Lyon.

Poco a poco se va disipando la ingenuidad de considerar lo escrito como simple transcripción de lo hablado y, a la inversa, de enfrentar la oralidad con útiles conceptuales generados para lo escrito: **se trata de sistemas autónomos ya desde el momento de su producción; y complementarios, sin duda, no opuestos.**

Al rozar este aspecto estoy, creo, tocando un punto esencial: **la relación entre oralidad y escritura no es un tema marginal.** Ella define el modo de hacer lingüística, y la reflexión y los datos surgidos de investigaciones al respecto nos están aportando información clave en ciertos ámbitos fundantes, como, por ejemplo, en educación.

Sí, es un hecho que la oralidad constituye hoy tema de estudio. Y son precisamente aquellos rasgos suyos que esbozábamos al comienzo –algunos de ellos polarizados en una especie de contrapunto, algunos de ellos constataciones casi banales de un hecho tan cercano y connatural– los que dan impulso a nuevas reflexiones, a menudo ahora en miradas multidisciplinares. Quiero detenerme aquí en algunas de sus propiedades que han sido significativas para mi quehacer académico y el de aquellos que trabajan conmigo:

- Aludía al comienzo a la **dialogicidad en presencia** de la lengua hablada. Si en lo escrito es necesario explicitar las coordenadas espacio-temporales en que se desenvuelven las personas, en la oralidad la propia situación de comunicación es compartida y forma parte del mensaje. Por ello, la necesidad de explicitación verbal es menor que en lo escrito. Igualmente, en la comunicación oral cara a cara existe retroalimentación; un gesto puede bastar para indicar desacuerdo o incompreensión por parte del interlocutor y mover al hablante a reorientar el mensaje para adecuarlo a la nueva información. Y los gestos son normados culturalmente.

En ciertas áreas de aplicación, como en mi experiencia en la enseñanza de español para extranjeros –extranjeros adultos, reflexivos, marcados por una cultura de comunicación diferente– la coconstrucción del mensaje oral junto con otros códigos, quinésicos o proxémicos, es fundamental. Desatender esos aspectos puede ser fuente de malentendidos lingüísticos y culturales. En mi universidad, la Pontificia Universidad Católica de Chile, hemos estado conscientes de ello y hemos incorporado el componente pragmático como un elemento clave de nuestra docencia, en la preparación de materiales y actividades, en todos los niveles de organización de la lengua.

- He mencionado también la **fugacidad** de lo oral, su **carácter de proceso** y su **alteridad** (su potencialidad para integrar o excluir al otro, para construir con otro). Son tres rasgos que se articulan y están en la base de los trabajos en los que un grupo de investigadores, ayudantes y alumnos estamos empeñados desde hace algunos años. Estas tres propiedades de las prácticas orales –incluso de las aparentemente más banales– constituyen a estas en un lugar privilegiado para la observación del fenómeno de **construcción conjunta de conocimiento**. Así, hemos querido indagar cómo los jóvenes universitarios construyen juntos conocimiento cuando estudian en grupo, tomando en cuenta el gran valor que ellos mismos explícitamente asignan a esa forma de estudio. Creemos que los datos aportados por el análisis alumbrarán un aspecto aún poco conocido de la dinámica del aprendizaje disciplinar.

No me cabe duda de que las investigaciones acerca de la oralidad continuarán enriqueciendo el acervo teórico de la lingüística. Sin embargo, muchas personas, no especialistas, suelen preguntarse: **¿Cuál es la utilidad de estos estudios y de qué manera ellos pueden contribuir a resolver nuestros problemas y a mejorar nuestras vidas?** Más aún cuando se trata de aquello que todos poseemos y a lo que recurrimos a cada instante en nuestra cotidianeidad.

Así, hace algunos días, en un matutino nacional, el profesor Paul H. Rubin, Profesor de Economía de Emory University y autor de “El origen evolutivo de la libertad”, comparaba la economía del sentido común con la de los especialistas, de la siguiente manera:

“Una analogía útil es la diferencia entre hablar y leer. **Los humanos aprenden a hablar naturalmente, pero la lectura debe aprenderse.** Las creencias de la economía popular son como **la palabra, no nos**

cuesta adquirirla. Pero una comprensión más profunda de la economía es como la lectura: debe ser enseñada a cada generación”¹.

En realidad, Rubin reproduce una opinión bastante frecuente, esto es, que la lengua hablada se adquiere de forma natural, a diferencia de la escrita, que debe ser enseñada formalmente.

Sí, aprendemos a hablar como parte del proceso de socialización primario, sin necesidad de aprendizaje formal. El niño aprende a hablar porque está rodeado de personas que hablan, y en esa interacción va apropiándose de las reglas que –en términos de Wittgenstein– “le permiten realizar juegos de lenguaje”. Aprende cómo pedir y cómo ofrecer, cómo y cuándo agradecer o pedir perdón, a quién y cuándo pedir información, cuándo hablar y cuándo callar. Y, como el juego –que se aprende en el hacer–, va aprendiendo a hablar en la interacción misma.

Ese aprendizaje comprende variados saberes. Por un lado, un conocimiento de las formas lingüísticas, de las paralingüísticas (tonos, timbres...) y de las no propiamente lingüísticas asociadas (gestos, distancias...), como, asimismo, un saber producirlas y escucharlas. Y, por otro lado, comprende conocimientos sociales y culturales que permiten a los interactuantes usar e interpretar adecuadamente esas formas, en contextos variados y para requerimientos diversos.

Ahora, si bien efectivamente las prácticas discursivas orales más cotidianas van desarrollándose de cierta manera natural en el proceso de socialización, no ocurre lo mismo con otras formas de hablar. Y aquí sí la institución escolar desempeña un papel fundamental.

Ella puede y debe proveer al estudiante de formas de acceder a prácticas discursivas más elaboradas y que gozan de mayor prestigio, aquellas que permitirán a este –como futuro ciudadano en una sociedad cada vez más compleja– desenvolverse en los entornos más amplios que la vida adulta le pueda deparar, en situaciones nacionales y más allá de la comunidad nacional. Llegar a dominar esas formas de hablar no es sencillo, y por ello su tratamiento sistemático es parte de la educación formal, desde la antigüedad.

Pero el papel de la escuela va más allá. La crucial importancia que implica la oralidad en la constitución misma del ser humano requiere de su atención permanente, a lo largo de toda la enseñanza formal. Tal vez en ningún otro campo como el educacional, pensar o repensar lo oral –en todas sus manifestaciones– sea hoy una demanda más urgente. Reconocer a la oralidad su valor como componente esencial sobre el que se basa, casi en su totalidad, el proceso educativo. Reconocerle su valor como herramienta fundante en el manejo del conflicto y de

¹ *La Tercera*, 23 de mayo de 2007, p 2.

las reglas de convivencia, en la construcción misma del tejido social. Y asumir que orientar el desarrollo de una competencia comunicativa oral eficaz no es solo tarea del profesor de lenguaje y comunicación, sino de toda la comunidad educativa, de la sociedad en su conjunto.

Quienes trabajamos en el campo de la educación, en todos los niveles, nos encontramos a diario con las dificultades que tienen nuestros estudiantes para comunicarse, con sus profesores y entre sí. No solo para poder expresar lo que creen haber aprendido y saber, sino también para establecer relaciones entre sí y construir conocimiento común. Creo que esta incapacidad para comunicar y comunicarse se encuentra en la base misma de las dificultades que enfrenta nuestra educación y sus más bien mediocres resultados.

En la medida en que vayamos conociendo la modalidad oral de lenguaje, podremos aportar conocimiento para el diseño de herramientas metodológicas y de estrategias que permitan apoyar el desarrollo eficaz de una competencia oral por parte de nuestros niños y jóvenes. Para que puedan desenvolverse en una amplia gama de contextos sociales futuros, dominando prácticas discursivas nuevas, diversas y más complejas. Para que puedan construir conocimiento, individual y colectivamente. Para que puedan establecer relaciones adecuadas en la institución escolar y fuera de ella; pero, sobre todo, para que puedan alcanzar objetivos más profundos de la educación, como son construir valores de respeto y tolerancia hacia los otros y sus diferencias, aprender a resolver pacíficamente los conflictos de la convivencia, y construir identidad personal y social.

No quiero terminar estas palabras sin volver a agradecer por el honor que representa para mí de este nombramiento. Espero poder responder a él. Gracias.